

Don Antonio

Por Nori Brunori

Sí; él cruzó el Gran Charco dos veces. La primera vez fue por hambre y por ser muchos hermanos, en Italia. A Norteamérica llegó en un barco, con dieciséis años cumplidos y una ignorancia casi completa. Era el año 1914.

El estómago vacío le enseñó a decir: Apple!...Apple!... cuando vio a un vendedor de manzanas. Fue la primera palabra aprendida. De algún modo llegó a Chicago, donde hacían falta brazos jóvenes, porque florecían las industrias en ese entonces. Tuvo empleo; comida abundante y dólares en el bolsillo. Fue uno más entre veintitrés mil empleados que fundían chapas de cinc. Mintió que tenía dieciocho años (total, era corpulento), y además, ¿quién lo iba a cuestionar? Hacían falta y listo. Le fraguaron un documento y lo hicieron votar en tres lugares distintos. Se acercaban los tiempos de La Gran Depresión.

Después...la guerra... y vuelta a Italia.

En su tierra encontró el amor, y de la mano de su gringa, con un hijo de ocho meses en los brazos y los “camisas negras” de Musolini pisándole los talones, cruzó de nuevo el Gran Charco... ¡a la Argentina esta vez! ¡A hacer la América!... Aquí todo fue paz y trabajo. Y tener hijos. Y trabajaron con la humildad de los agradecidos, por la bendición de hacer entre todos la Tierra Prometida.

Lo recuerdo hablando en voz muy alta, gesticulando como un gran actor, relatando sus andanzas, detalles de la guerra, la pérdida de dos hermanos. Y limpiar de cadáveres las tierras de Austria, como cosa de todos los días.

Ya en su vejez, con el cansancio y la paz del deber cumplido, cuando terminábamos de cenar, a la cabecera de la larga mesa, él se ponía de pié y en silencio, con sus manos formaba la señal de la cruz, como lo haría un obispo, bendiciendo a su familia, y se retiraba a dormir.

A los noventa y tres años le llegó su Cruce Final, rodeado de todos sus amores, que, con la cabeza inclinada y las manos juntas, lo acompañaron como a un santo.